

orilla izquierda del Danubio y á pocas leguas de Viena. Componiase el total de fuerzas mandadas en jefe por el duque de Lorena, de 27,000 soldados imperiales, 31,000 alemanes, es decir, sajones, bávaros y milicias de Franconia, y 26,000 polacos, acaudillados por el rey Juan Sobieski en persona. Tampoco fueron molestados al pasar á la orilla derecha, donde cayeron sobre los turcos el 12 de setiembre de 1683 desde las alturas del Kahlenberg, los alemanes y austriacos en el ala izquierda, y los polacos en la derecha. Los turcos se extendían entre Nussdorf y Dornbach. Los polacos, que tenían delante la flor del ejército enemigo, combatieron heroicamente y se sostuvieron con trabajo, pero como entretanto el ala izquierda del ejército libertador había arrollado ya al ala derecha del enemigo, pudo enviar su caballería al socorro de los polacos, que con este auxilio arrojaron á los turcos sobre su campamento, donde trataron en vano de hacer resistencia, y poco tiempo después todo el ejército turco se declaró en completa dispersión. Todo el campamento inmenso de Mustafá con dos millones de florines en dinero, preciosidades y tesoros incalculables, innumerables armas y caballos, 300 cañones, 15,000 tiendas campaña y 9,000 carros con provisiones de guerra cayeron en manos de los vencedores, que calcularon el total del botín en más de 10 millones de florines, casi 28 millones de pesetas de nuestra moneda. Imposible pintar el júbilo en la capital. Tras del Te Deum, predicóse en la basílica de San Esteban sobre las palabras del Evangelio y en honor del rey de Polonia Juan Sobieski: «Erase un hombre, enviado por Dios, cuyo nombre era Juan.»

En el fondo habían decidido la victoria los alemanes.

La ventaja principal de esta colosal victoria no fué el botín, ni tampoco la liberación de Viena, ni la reanimación de las tropas, sino la derrota y ruina perpetuas del poder turco. No parecía sino que esta derrota había apagado como por arte mágica todo talento y pericia de los generales turcos y la energía y valor de los soldados, porque desde esta fecha fué haciéndose visible, y aumentándose con creciente rapidez la decadencia del imperio turco, que hasta entonces se había presentado tan amenazador.

Verdad es que el emperador Leopoldo en su obtusa y ufana vanagloria de dignidad y poder imperial por la gracia de Dios se mostró luego altanero é ingrato con sus aliados, tanto que el elector de Sajonia se retiró indignado con sus tropas; pero no le imitó Sobieski, y así penetraron imperiales y polacos en su carrera victoriosa en Hungría, donde la gloriosa acción cerca de Parkany les entregó la importante plaza de Gran, la capital eclesiástica, metropolitana del reino.

Cara Mustafá pagó su derrota con su vida muriendo por orden del sultán estrangulado.

Animada por las victorias de los alemanes y polacos entró también Venecia á principios de 1684 en la alianza contra los turcos, de los cuales reclamaba indemnización por la isla de Creta que le habían arrebatado. Con este nuevo auxilio quedaba decidida la superioridad de las armas cristianas sobre las infieles. El Papa también envió al emperador un socorro de 300,000 florines y le autorizó á cobrar un centavo de todas las rentas eclesiásticas, para aplicarlo á la guerra contra los turcos.

Todos estos auxilios no mejoraron nada la situación de las cosas del lado del Rin, porque menos que nunca era prudente desmembrar las fuerzas imperiales ocupadas en la parte de Levante. Por otra parte las inesperadas victorias de las tropas imperiales hicieron á Luis XIV cambiar de plan, y renunciar á su política expectante, antes de que se hiciera la paz entre el Austria y la Turquía y de que la primera

pudiese enviar sus huestes victoriosas al Rin. Aprovechó, pues, la declaración de guerra que le había hecho España en el mes de octubre del año 1683, porque esta potencia no quiso sufrir sin protesta la entrada injustificada y sin aviso de 35,000 franceses en Flandes, ni tampoco reconocer con el entusiasmo debido las anexiones decretadas por las *salas de reunión*. En la corte de París excitó esta declaración de guerra solo la risa, convencido como estaba todo el mundo, de que la Holanda no se movería, pues que la ciudad mas principal, Amsterdam, se oponía, y que el rey Carlos de Inglaterra tendría también sujeto el partido belicoso de su país. Pocos días bastaron para que los franceses se apoderasen de Dixmuyden y de la importante plaza de Courtray. Al mismo tiempo pusieron sitio formal á la de Luxemburgo, que efectivamente, después de una defensa heroica, hubo de capitular en 4 de junio de 1684; adquisición casi tan importante como la de Estrasburgo. A no haber sido por la oposición del elector de Brandeburgo, Luis XIV habría hecho entrar sus ejércitos en Alemania para castigar á los aliados del emperador en su país, teniendo ya segura la cooperación de Dinamarca.

Es ya cosa corriente censurar acremente á la Alemania de aquel tiempo su condescendencia en vista de las violaciones brutales del rey de Francia; pero ¿qué podía hacer? Gargnada estaba todavía por las consecuencias y plagas de los treinta años de guerra; despoblada, degenerada y empobrecida material é intelectualmente, y ¿se quiere que en esta situación venciera simultáneamente á la Francia y la Turquía, no pudiendo contar con ningún auxilio fijo ni positivo de ninguna parte? ¿No hizo la España lo mismo, mirando sin moverse por falta de fuerzas, las conquistas que los ejércitos franceses hacían en Flandes y Cataluña? La república de Holanda había celebrado en junio de 1684 un convenio con Francia; y Carlos II de Inglaterra se mostraba en todas sus palabras y acciones como un mero vasallo del rey francés. En circunstancias semejantes lo mas prudente era asirse de cualquier arbitrio, y no exponer á un azar la existencia de todo el país. Siguió España y el imperio el consejo del elector de Brandeburgo, y estipularon con Luis XIV en agosto de 1684 y en la ciudad de Regensburg un armisticio de veinte años durante el cual la Francia conservaría todas las anexiones hechas hasta el 1.º de agosto de 1681, incluidas Estrasburgo y Luxemburgo, pero restituiría las demás.

Estas fueron las mismas condiciones propuestas por Luis, porque todas las conferencias, amenazas y protestas de sus contrarios no dieron otro resultado sino poner mas en evidencia el poder irresistible del soberano francés; como que las bravatas huecas de la casa de Habsburgo habían costado á esta la incomparable plaza de Luxemburgo. Por supuesto que fué poca cosa lo que conforme al tratado restituyó la Francia, y que tampoco le importó mucho el carácter provisional de las anexiones.

Nunca, ni después de haber estampado su firma en el tratado de paz de Nimega había sido Luis XIV tan dueño y soberano de Europa como entonces.

A pesar de los brillantes resultados que habían dado las salas de reuniones, que concluyeron su misión con la tregua de veinte años, estas anexiones redundaron definitivamente en perjuicio de la política francesa irritando contra ella las potencias mas poderosas de Europa y demostrando á todo el mundo lo que podía esperarse de la insolente soberbia de la Francia. El hacer la guerra á semejante país acabó por parecer el deber mas sagrado de la lucha de cada nación por la existencia; y tan intuitiva era esta idea, que en todas partes se consideraba inevitable y solo cuestión de tiempo una

guerra general contra la Francia. Esta indignación contra Luis XIV que hervía en todos los ánimos, recibió constantemente alimento con los nuevos atropellos que cometía este déspota.

No obstante las órdenes, amenazas y tropelías del rey de Francia, habíanse conservado los genoveses libres del yugo francés, y semejante audacia reclamaba severo castigo. En su consecuencia presentóse en 17 de mayo de 1684 una numerosa escuadra á las órdenes del marqués de Seignelaye intimando la entrega de todas las galeras de la república y el envío de cuatro notables á Versalles para solicitar el perdón del gran rey y darle las seguridades mas completas de la sumisión del pueblo genovés en el porvenir. Resistióse la república á semejante insolencia y la contestación fué un bombardeo que duró cinco días y redujo á cenizas 3,000 casas, siendo tan grande la claridad producida por el incendio, que en todos los alrededores se podía leer sin dificultad cualquier impreso durante la noche. Como á pesar de esto no se mostraran dispuestos los genoveses á someterse, siguieron 10,000 bombas mas, y entretanto las tropas francesas de desembarco destruían completamente el magnífico arrabal de San Pedro de Arenas.

Mientras esto sucedía en Génova, presentóse el mariscal de Crequi delante de Tréveris, cuyos baluartes y murallas arrasó y cuyos fosos cegó, á fin de privar á la Alemania de una plaza fuerte que pudiera hacer oposición á la de Luxemburgo.

Al propio tiempo entraba otra división francesa en Lieja, donde abolió todas las libertades de los habitantes obligándolos á someterse incondicionalmente á su obispo, el príncipe elector de Colonia, aliado de la Francia. El duque Víctor Amadeo de Saboya fué amablemente obligado á merecer el honor de recibir por esposa una sobrina de Luis XIV, una princesa de Orleans; pero cuando el nuevo pariente tuvo la idea de hacer un viaje á Venecia, sospechó Luis que el objeto era una alianza de los príncipes italianos contra la Francia, y le anunció la visita de 7 á 8,000 franceses; lo cual bastó para que el duque renunciara á su excursión y suplicara se le dispusese la inquietud que había causado.

En esto había sonado la última hora de la independencia de Génova que en medio de las ruinas se había conservado hasta entonces libre y altiva. ¡Una lección para otros Estados! A principios del año 1685 pasó los Alpes un ejército francés de 30,000 hombres que llevaba consigo 25 morteros, 600,000 libras de pólvora y 12,000 bombas, como amistoso aviso para los genoveses. Ante semejante perspectiva no fué ninguna mengua para el honor de la república la sumisión que hizo por mediación del nuncio apostólico á la Francia en febrero de 1685, no obstante las condiciones durísimas que le impuso el vencedor mas fuerte. Tuvo en efecto que entregarle sus galeras menos unas pocas, despedir la guarnición española y pagar una crecida suma en concepto de gastos de guerra. El dux con cuatro senadores tuvieron que presentarse al rey, pedirle perdón y solicitar su protección. Semejante espectáculo jamás se había visto ni imaginado, é hizo exclamar á madama de Sevigné: «¿Quién resistirá ahora á los deseos de S. M.?»

Mientras estos sucesos sembraban en toda la Europa el terror y provocaban la indignación general, realizó Luis XIV en el interior de su reino un acto mas brutal, pero también mas funesto para él y para la monarquía que todos cuantos había cometido hasta entonces.

Su ideal era hacer de su reino una institución perfectamente homogénea, completa, que se bastara á sí misma y cuyo único resortes, motor, alma y director fuera él. Guiado por este deseo, odiaba y perseguía á los restos del protestan-

tismo que se habían conservado en Francia; porque la idea de que hubiese en sus Estados dos millones de súbditos suyos bastante osados para creer una cosa distinta de la que creía el soberano y que tuvieran la religión de éste hasta por falsa y espúrea, repugnaba á su inmenso orgullo. Esta era la razón principal que le movía á odiar á los hugonotes; porque celo por la religión no tenía ninguno, pues que para él solo era una forma, un signo y deber de persona decente y en primer lugar de un rey, y luego un instrumento de gobierno. Así lo confesó él mismo á sus empleados; porque por una parte de su propio impulso en una instrucción dirigida en 1.º de abril de 1666 al gobernador de la Picardía le dijo: «No me son menos fieles mis súbditos que profesan la pretendida religión reformada que los otros;» y en otras ocasiones decía tanto él como sus servidores que si perseguían los protestantes era porque «perseveraban en una religión que no gustaba á S. M.,» y porque no querían hacer «lo que S. M. de ellos deseaba.» Para Luis no había mas que un pecado imperdonable que era no hacer lo que él quería y no someterse á sus caprichos. Fuera quien fuese el que se hacia culpable de este crimen, súbdito suyo ó soberano extranjero, no solamente no le perdonaba, sino que no paraba hasta castigarle por su inaudito atrevimiento.

Los protestantes formaban una importante fracción del personal superior de justicia y de administración, de la oficialidad del ejército, de la industria grande y de la gente capitalista. Richelieu había anulado aquellos artículos del edicto de Nantes que conservaban á los hugonotes su organización política particular, pero en nada había tocado á los que les aseguraban su libertad civil y de conciencia casi ilimitada. El mismo Luis XIV al subir al trono había confirmado el edicto solemnemente en aquello en que no lo habían alterado leyes y convenios posteriores á su publicación y anteriores á su advenimiento; y en la primera mitad de su reinado se distinguieron efectivamente los protestantes en todos los ramos. Turenna y Schomberg eran sus generales mas eminentes y distinguidos; Duquesne su mejor almirante; su embajador en Londres, Ruvigny, hugonote también, había representado y apoyado allí su política de catolización de la Inglaterra; los esfuerzos de Colbert para fomentar la industria francesa habían encontrado el mayor y mas eficaz apoyo entre los franceses protestantes, tan inteligentes como acomodados y aun opulentos, y en sus manos se hallaban poco menos que exclusivamente ó en su mayor parte las herrerías de Sedan, las fábricas de papel de la Auvernia y el Angoumois, las tenerías de la Turenna, las fábricas de lienzo de las provincias occidentales, las de géneros de lana en el Mediodía, y las de seda y de terciopelo en Lyon y Tours. Además Colbert había llamado á Francia protestantes extranjeros, especialmente de Holanda, para introducir y aclimatar industrias nuevas é importantes. Para expresar la opulencia de una persona solía decirse á mediados del siglo XVII: «Es rico como un protestante.» Sostenían muchos y buenos establecimientos de enseñanza, siendo los mas elevados las tres universidades de Sedan, Saumur y Montauban. Analíticos por la índole de su religión, obligábalos su situación de pequeña minoría en el país á distinguirse por cultura y capacidades intelectuales mayores, á fin de sostenerse y defenderse contra la mayoría protegida y preferida por el gobierno.

Desde el primer día que Luis XIV tomó las riendas del Estado mostró la aversión mas decidida á sus súbditos protestantes, muy al revés de los dos cardenales sus predecesores en el gobierno, que no tenían semejante prevención. Por su parte los protestantes, á contar desde el primer tercio del siglo, se habían mostrado los ciudadanos y súbditos mas

fieles, mas pacíficos y mas leales de todos, especialmente en tiempo de la Fronda, conforme confesó Mazarino en una de sus cartas donde dice: «No puedo quejarme de este pequeño rebaño, que si pace malas yerbas, por lo menos no es discolo.» No pensó así Luis XIV. Entre las corporaciones que le felicitaron en 1661 estaba también el clero protestante, pero no solamente no lo recibió, sino que lo expulsó de París, y en el mismo mes, el primero de su reinado personal, publicó un edicto que autorizaba á las hijas de padres protestantes de doce años arriba y á los hijos desde la edad de catorce años á abrazar el catolicismo y abandonar la casa paterna sin consentimiento de sus padres, y prohibía á estos oponerse á la resolucíon de sus hijos.

El santo y seña durante su reinado era «la conversíon de los protestantes;» y para lograrlo se empleaban todos los medios, aunque no de fuerza bruta en un principio, pero sí de coaccíon moral. Por principio fijo é invariable no hacia el rey jamás merced alguna ni daba ningun empleo pingüe á persona protestante; pero en haciéndose católico ya tenia la fortuna asegurada, y segun su posicíon social le daba ó bien un empleo, un donativo, ascenso en el ejército, favor en la corte ó un buen casamiento. No obstante todos estos alicientes, los que se dejaron seducir fueron casi exclusivamente cortesanos, como el mal poeta Pelisson, el marqués de Dangeau y otros de esta jaez, excepto algunas pocas personas de carácter y de talento como Turena. Un ensayo de convertir de una vez grandes masas de protestantes prometiéndolo introducir notables reformas en el culto católico no tuvo resultado ninguno, como que nadie creía en tales promesas. Luego ideóse establecer un fondo para fomentar las conversíones, con lo cual se lograron algunas, pero entre la hez, entre aquellos individuos que cualquier religion se alegra de perder. El duque de Noailles, gobernador lugarteniente del Languedoc, fanático y celoso católico, escribió que en su provincia descuidaba el clero católico la enseñanza, aun la del púlpito, porque en los grandes centros donde habia centenares de clérigos católicos apenas oía la poblacíon católica un sermón al mes, mientras no habia día en que no predicara un sacerdote protestante.

Viendo el rey que los hugonotes no se apresuraban ni con halagos ni promesas á sacrificar á una seña suya lo mas sagrado que tenían, sus conviccíones religiosas, tornóse cada día mas áspero, mas hostil y mas brutal con ellos, y mas accesible á los consejos del clero que no omitía en ninguna de sus asambleas el pedir la persecucíon del protestantismo. Los defensores solapados de los fueros de la Iglesia gálica por la gracia del rey, con Bossuet á su cabeza, eran los apóstoles mas activos de la intolerancia y del fanatismo religiosos, y lograron en 1670 que se prohibiera á los individuos de la religion reformada emigrar fuera del reino, á fin de que ninguno de ellos pudiera escaparse de la persecucíon que se preparaba. Despues se cerraron por órden de la autoridad sus templos, y en 1671 despidió el rey á todos los protestantes que servían en sus regimíentos de la guardia; visto lo cual varios magnates, á fin de halagar á su soberano, hicieron una cosa análoga en sus posesiones, expulsando de ellas á todos los protestantes. Mucho mal hizo la asamblea del clero del año 1675 que puso á disposicíon del rey grandes recursos pecuniarios contra la primera coalicíon, pero pidió en cambio el exterminio de los herejes, lo cual prometió el rey, aguardando para ejecutarlo la conclusíon de las guerras con el extranjero.

Muchos han creído y sostenido que la guerra contra los holandeses, nacíon protestante, habia suscitado en el rey el temor de que sus súbditos protestantes se entendieran con los enemigos siendo de una misma religion y que desde

entonces creció considerablemente su odio al protestantismo; pero este es un error, porque apenas hubo subido Luis XIV al trono cuando ya se conoció su fanatismo religioso por varias disposiciones muy duras contra los hugonotes, eso que entonces guerreaba la Francia principalmente con las potencias archicatólicas, España y Austria, mientras los protestantes franceses jamás desmintieron su lealtad ni en el ejército, ni en la marina ni en la diplomacia. La verdad es que Luis tuvo desde un principio sentimientos hostiles hácia el protestantismo, y estos sentimientos fueron luego mas avivados y aguzados por las circunstancias y los trabajos de ciertas personas.

La paz de Nimega habia proclamado á Luis XIV vencedor de toda la Europa que se doblegaba ante él; y este rey tan grande ¿permitiría que un puñado de sus súbditos se le opusiera? Así como no habia en el extranjero, tampoco debia haber en el país mas que una sola voluntad; este era el principio instintivo del rey. Sobrevino la disputa con la curia romana sobre el derecho de las regalías, y cuanto mas hacia el rey la guerra al Papa, tanto mas aprovechaba las ocasiones para mostrar su ferviente catolicismo, y para hacerse propicio al clero francés y ponerlo en aquella cuestíon de su parte, á cuyo fin sabia que el mejor medio era la persecucíon y el exterminio de los hugonotes. Esto respecto de las circunstancias; las influencias personales no eran menos eficaces. Colbert no queria oír hablar de semejante persecucíon que le quitaba y arruinaba los miembros mas útiles del país, las columnas mas sólidas de su sistema mercantil; pero en frente de él estaba el cruel y feroz Louvois, que no ignoraba las inclinaciones de su amo, tan tirano casi como él, ni desperdiciaba ocasion de halagarlas. Apoyaba también esta tendencia el confesor del rey, el célebre P. La Chaise, hombre bajo otros conceptos benévolo y templado, que habia merecido su posicíon en 1675 cabalmente á causa de sus principios moderados, pero que esclavo de la órden á la cual pertenecía, tuvo que proceder en sentido ultra-intolerante. Finalmente echóse en la balanza el peso terrible de la influencia de la señora de Maintenon (1).

¡Caprichos del destino! Esta Francisca de Aubigné (así se llamaba de soltera) era nieta de Agripa de Aubigné, de religion protestante, poeta satírico, defensor valiente de sus coreligionarios con la espada y la pistola no menos que con la pluma como historiador, pues se le puede llamar el Tácito hugonote, hombre de una entereza inquebrantable que habia reñido con su antiguo amigo el rey Enrique IV por no abandonar sus principios rigidamente protestantes, y que á consecuencia de esto habia muerto en el ostracismo voluntario, retirado en Ginebra. En nada se le pareció su hijo el baron Constanccio, el padre de Francisca, hombre egoísta, relajado y crapuloso, que atrajo sobre la familia las mayores desgra-

(1) Sobre esta mujer pueden consultarse el duque de Noailles: *Histoire de Madame de Maintenon* Paris 1818-1858, 4 tomos. Esta obra que entra en las minuciosidades mas insignificantes, llega solo hasta el año 1697 y está escrita bajo el punto de vista ultramontano, por cuya razon atribuye á los protestantes la culpa de la anulacíon del edicto de Nantes; pero por lo demás, da muchos pormenores muy interesantes sobre la vida en la corte de Luis XIV y los literatos de aquel tiempo.— *Correspondance générale de Mad. de Maintenon*, publiée par Théophile Lavallée, Paris 1865 y 1866. Son 4 tomos que solo llegan al año 1701. Por desgracia destruyó la Sra. de Maintenon ella misma la parte mas interesante de su correspondencia, porque, segun decia ella, «queria quedar como un enigma para la posteridad.» Entre lo destruido está precisamente su correspondencia con Luis XIV y con su confesor. Las pocas cartas del rey á ella que se han librado de la destrucción prueban que el monarca le comunicaba todas las noticias políticas. Háyse conservado sus cartas á su hermano Aubigné, á la princesa de los Ursinos, al duque y al cardenal de Noailles, etc.

Su estilo es elegante, correcto, seguro y tranquilo.

cias. Hallábase preso en la ciudadela de Burdeos condenado por muchos crímenes cometidos contra particulares y el Estado, cuando allí mismo le nació en setiembre de 1635 su hija. Concluido el tiempo de su condena trasladóse con su familia á las Antillas, donde murió al poco tiempo. Pobre y sin amparo volvió la hija, que á la sazón tenia once años, á París, donde se recogió en casa de unos parientes suyos que la convirtieron al catolicismo, pero por lo demás ningun cariño le mostraron, de suerte que la muchacha haciéndose mayor, por salir de su situacíon aflictiva se casó con Scarron, escritor satírico, viejo y lisiado, pero muy considerado en París por su gran talento. Scarron introdujo á su mujer en la

alta sociedad, donde ella conquistó con su hermosura, talento y carácter calculador y frio, muchos admiradores aunque sin dar preferencia á ninguno. Contaba veinticinco años cuando su esposo la dejó viuda en octubre de 1660. Desde entonces vivió muchos años completamente retirada hasta que la Montespan, que la habia conocido antes y la apreciaba por su modestia y carácter firme, la llamó para confiarle la educacíon de sus hijos, cuya procedencia era entonces todavía en gran misterio. Siempre previsora, no admitió el encargo sino despues de habérselo hecho confirmar directamente por el rey en persona, que vió con grandísima satisfaccíon con qué habilidad y cuántos sacrificios personales,

*Le 28 Septembre*

*Madame la Princesse m'a donné ses ordres et je les ai exécutés le mieux que j'ai pu je ne doute point que M. le Duc du Maine ne soit affligé car il est assurément de bon naturel*

*Maintenon*

Facsimile de Mad. de Maintenon (1)

por supuesto efecto de buen cálculo, desempeñaba su mision delicadísima, y en particular apreciaba su índole reposada y firme. Al mismo tiempo la nueva aya supo ganarse el amor de los príncipes sus educandos á quienes su padre, Luis XIV, amaba con todo su corazón. Por este camino se estableció entre ella y el rey una intimidad que fué creciendo á medida que éste gustaba mas de su inteligente y chispeante conversacíon, hasta que la amó, no ya como aya de sus hijos, sino por sus cualidades y persona. El favor creciente de que iba gozando se tradujo en grandes regalos y donativos que la permitieron comprar en 1674 el marquesado de Maintenon por 250,000 libras, aproximadamente un millon y medio de pesetas. El ascendiente que habia cobrado sobre sus educandos y sobre el rey despertaron los celos de la Montespan; y desde aquel momento la viuda de Scarron trabajó para perderla y si era posible para ocupar su puesto. No se disimulaba que con sus cuarenta años, su fisonomía, aunque algun día bella, á la sazón ajada, dura y fria, y su conversacíon brillante, pero grave, no podia ser una querida del rey en el sentido de una La Vallière, Montespan ó Fontanges, máxime siendo él tres años mas jóven que ella; pero sabia también que aquel hombre despues de apurar todos los goces materiales de la vida, se volvería progresivamente mas y mas serio y que tenia gran miedo á la muerte y á la justicia divina en el otro mundo. Hácia esta parte dirigió sus baterías, y al fin persuadió al rey en nombre de la moral á que dejara á su

bienhechora, la Montespan, cuyos hijos adulterinos no habia tenido escrúpulo en guardar y educar. Con esto ganóse el afecto y la viva gratitud de la reina y de todo el partido mojigato de la corte, el cual concibió la esperanza de dominar al monarca completamente por medio de la astuta Maintenon y de la esposa legitima. La Maintenon dió un golpe maestro rehusando la mano del duque de Brancas; el rey creyó que lo hacia por su amor, y agradeció muchísimo semejante muestra de afecto desinteresado. Concluido el corto amorío con la Fontanges, del cual el monarca se avergonzaba por las pretensiones mas que necias de aquella mujer, quedó completamente subyugado por la Maintenon á la cual se hizo ya la corte desde el año 1680 como favorita oficial, y los zumbones la llamaron desde entonces, haciendo un juego de palabras, Madama de *Maintenant* (la señora de este momento). El trato siempre igual, digno, sosegado, sumiso, modesto y discreto de esta mujer devolvió poco á poco al monarca la tranquilidad de espíritu, acallando las reconvencciones de su conciencia. Siguiendo sus consejos, volvió á reconciliarse con la reina, con lo cual endulzó los dos posteriores años de la vida de su esposa. A la muerte de ésta,

(1) La traduccíon de este facsimile en la ortografía francesa moderna es la siguiente: *Paris, ce 28 septembre. Madame la Princesse m'a donné ses ordres, et je les ai exécutés le mieux que j'ai pu. Je ne doute point que M. le duc du Maine ne soit affligé, car il est assurément de bon naturel.* Maintenon